

á Juliano por las mayores concesiones á que se hallaba dispuesto el Papa. En una instrucción secreta (1) declaró Juliano, que León X exigía como precio de su unión con Francisco I: primero, que los franceses renunciaran á sus pretensiones sobre Parma y Plasencia. Segundo, que se ajustara una paz duradera entre Francia y España, de suerte que se hiciera posible una alianza general de la Cristiandad contra los turcos. Tercero, que renunciaran á Nápoles, en favor de la Santa Sede, ó de un tercero que fuese grato así al Papa como al Rey; pues León X no podía en ningún caso tolerar, que el Norte y el Sud de la Península italiana (il capo e la coda d'Italia) estuvieran bajo la soberanía de un mismo príncipe, aun cuando éste fuera su propio hermano. En esta instrucción se halla una prueba de gran peso, para demostrar, que no fueron los designios inspirados por el nepotismo, los motivos que propiamente decidieron al Papa á adoptar su actitud, sino la solicitud por la independencía política y espiritual de la Santa Sede.

(1) Publicada en *Manosc. Torrig.*, ed Guasti XXVI, 180, cuya importancia Nitti (61 s.) ha sido el primero en conocer.

CAPÍTULO III

Conquista de Milán por los franceses. Entrevista de León X con Francisco I en Bolonia.

El ejército que Francisco I había reunido en Lyon, era uno de los más hermosos que hasta entonces había sacado á campaña un monarca francés: 35,000 hombres, con 60 cañones y 100 pequeñas culebrinas. Entre los generales se distinguían Trivulzio, Trémouille, Roberto de la Marca, Lautrec, capitán de las temidas compañías negras, y Bayard; casi todos ellos bien experimentados en el teatro de la guerra de Italia (1). Con Venecia había el rey de Francia renovado la alianza de su predecesor, á 27 de Junio de 1515, y asimismo Génova se había pasado entonces á su lado.

Hubiera convenido á los aliados unirse contra toda esta potencia del francés. Pero el virrey español Cardona, fué detenido por los venecianos en el Etsch, mientras los pontificios no pensaban en otra cosa que en proteger á Parma y Plasencia. Para amparo de estas ciudades, reclamó León X el auxilio de Francisco María, duque de Urbino, pero éste, olvidado de sus deberes feudales, favorecía á los franceses (2). Los suizos, cuyo cuartel general se hallaba en Susa, habían guarnecido tan bien los pasos, que

(1) Guicciardini XII, 4. Dierauer II, 444 s. Gisi, *Anteil* 270 y Spont en *Rev. d. quest. hist.* 1899, II, 66. Noticias de Francia exageraron notablemente el número de los que componían el ejército de Francisco I, v. Tizio, **Hist. Senen. Cod. G.* II, 37, f. 340. *Bibl. Chigi de Roma.*

(2) Cf. Balan, *Boschetti* I, 91 s. y abajo el capítulo IV.

Francisco I tuvo por imposible penetrar por allí; y por consejo de Trivulzio, conoedor de la tierra, escogió el camino del Col d'Argentière, tenido por inaccesible, que conduce desde Enbrun al valle del Stura. Era una empresa extraordinariamente difícil: fué necesario hacer volar los peñascos y echar puentes sobre los abismos; pero el ardor bélico de los franceses superó todos los obstáculos, y el atrevido intento alcanzó un éxito completo. La sorpresa de los enemigos no tuvo límites. Próspero Colonna fué hecho prisionero con su cuerpo de caballería milanesa en Villafraanca del Pó á 12 de Agosto de 1515 (1); después de lo cual, los suizos, completamente desconcertados, se retiraron á Milán. Esta retirada rompió la cohesión de las diferentes partes del ejército y la disciplina de los soldados, y pronto nacieron también desavenencias entre los contingentes de los diversos cantones (2).

El inesperado éxito de los franceses, que en poco tiempo ocuparon completamente toda la parte occidental del ducado de Milán, no sólo hizo vacilar las esperanzas de los aliados, sino encendió también de nuevo entre ellos la desconfianza mutua; y, que los pontificios sólo á medias tomaron parte en la empresa, lo mostró el hecho de no haber pasado el Pó.

León X que, después de largas vacilaciones, «más por miedo que por elección» (3), se había unido definitivamente á la Liga antifrancesa, se conmovió hondamente con las desgraciadas noticias que venían del teatro de la guerra del Norte de Italia; pues había abrigado tan firme confianza en los talentos militares de Colonna, como en la seguridad de los pasos de los Alpes, ocupados por los suizos (4). Por mucho, pues, que se esforzó en ocultar con palabras animosas sus verdaderos sentimientos, de hecho, ante el fracaso de sus esperanzas, perdió por algún tiempo el ánimo tan completamente, que ya creía ver á los franceses en Roma, y hablaba de buscar un refugio en Gaeta ó en Ischia (5).

(1) Cf. la relación de un desconocido dirigida á Lorenzo de' Medici, publicada por Desjardins, II, 706. Cf. Vettori, 308.

(2) Dierauer II, 446 s.

(3) Vettori 306.

(4) Cf. la *Carta de 30 de Julio de 1515 alli nunzii in Spagna. Nunziat. di Germania I, 61. *Archivo secreto pontificio*.

(5) V. la carta de Fernando á J. de Vich, en Bergenroth, Henry VIII. II, n. 221, y Sanuto XX, 550, 571. Cf. Guicciardini XII, 4.

La situación en que se hallaba el Vaticano era tanto más penosa, cuanto eran más inciertas y escasas las noticias que llegaban de la guerra. «Escribid, escribid, escribid», se dice en una carta que el cardenal Bibbiena dirigió á Gambara á 18 de Agosto (1). La situación del cardenal Bibbiena, que tenía más de humanista que de diplomático, se hacía de cada día más difícil. Hallábase «como novato, en un eterno compromiso entre su adhesión á los Médici, su interés por la Iglesia y las crueles realidades de la política» (2); y sus cartas dejan penetrar un rayo de luz en el fondo de los manejos de la política curial.

A 22 de Agosto, se conoció en Roma la pérdida de Alejandría, que no había sido guarnecida por los suizos, á pesar de haber León X llamado la atención sobre la importancia de la plaza. El mismo Papa inspiró entonces al cardenal legado Julio de Médici, las medidas que debían tomar: en Bolonia había de procurarse el completo restablecimiento de los Bentivoglio, para tener en jaque al duque de Ferrara, que se esforzaba por obtener la posesión de Módena y Reggio. Las tres ciudades debía ampararlas á toda costa el cardenal Julio. Inútilmente procuró Bibbiena insistir en sus reflexiones contra estas medidas, y no obtuvo del Papa otra respuesta sino: «Escribid lo que os mando» (3).

Pocos días después tenía Bibbiena necesidad de intervenir con su Soberano, no por otro sino por Julio de Médici; pues cada día se manifestaba más claramente, que la elección de aquel hombre pusilánime é irresoluto, por cardenal legado del ejército, había sido la más infeliz. «El cardenal, decía León X, no escribe sino acerca de los peligros que amenazan y las dificultades; pero no sabe emplear los medios de defensa que tiene en sus manos» (4). La defensa del ausente, que intentó Bibbiena sin fruto, no era ciertamente oportuna; pues el cardenal Julio, lo propio que Lorenzo, tuvo la culpa de que el ejército pontificio no avanzara sino muy lentamente y luego se detuviera. Las cartas que mediaron entre ambos son por extremo significativas. A 27 de Agosto escribía Julio, desde Bolonia, á Lorenzo, que si los suizos, á pesar de los seductores ofrecimientos de paz que les hacía Francisco I,

(1) Archiv für Schweizer Gesch. XVI, 86.

(2) Histor. Zeitschr. XCIII, 164.

(3) Richard 120-122.

(4) Richard 124.

continuaban con empeño la lucha contra los franceses, podría él hacer otro tanto; pero que si no sucedía así, tampoco él podría aventurarse, sino aguardar el desarrollo ulterior de los sucesos. Tres días después repetía Julio de' Médici, que si el cardenal Schinner insistía en que se enviase caballería ligera, podía dejarla partir, pero sin las banderas de la Iglesia (1).

El cardenal Julio podía obrar así, por cuanto su Soberano, á pesar de todas las enérgicas declaraciones, permitía que se entablaran negociaciones con los enemigos, valiéndose de personas intermedias (2), y por fin volvió León X más y más á las vacilaciones acostumbradas. A 27 de Agosto hizo avisar á Lorenzo de' Médici (el cual quería á toda costa concluir la paz con los franceses), que no perdiera tan fácilmente el ánimo (3). Pero ya á principios de Septiembre, se resolvió con mucho secreto en el Vaticano, bajo la impresión de las noticias que se recibían del campamento de los suizos, enviar á Francisco I, al fiel Cintio da Tívoli, el cual debía disculpar la actitud que hasta entonces había observado el Papa, y preparar el camino para negociaciones de avenencia; precaución que parecía impuesta, para el caso nada inverosímil de que la fortuna de la guerra siguiera favoreciendo en adelante á los franceses (4). Pocos días después volvióse á entregar León X á las esperanzas de un buen suceso, y manifestó la confianza de que el legado habría detenido á Cintio! (5)

León X andaba vacilando á una parte y á otra; hoy hablaba enérgicamente contra los franceses; acentuaba su confianza en la valentía de los suizos, y declaraba que prefería perder su mitra que los Estados de Parma y Plasencia; mañana se inclinaba de nuevo á una avenencia con Francisco I, y trataba de esto con el cardenal Sanseverino (6). Cuán grandes fueran estas vacilaciones del Papa, lo muestra el hecho de haber, á 2 de Septiembre de 1515, autorizado al duque Carlos de Saboya y á Ludovico di Canossa.

(1) V. el texto de estas cartas muy significativas en Desjardins II, 725 s., 729 s.

(2) Cf. Richard 123-124.

(3) Verdi 13. Nitti 61.

(4) Guicciardini XII, 4. Cf. Richard 131. Sobre Cintio cf. Regest. Leonis X n. 2337 s., 3273, 3911.

(5) Richard 131.

(6) Sanuto XX, 574; XXI, 37, 52, 54 s.

para negociar con Francisco I; pero ya el 13 del mismo mes revocó este mandato (1).

En realidad permanecían en tanto enteramente inactivas las tropas pontificias y florentinas. Para procurarse á todo evento un poderoso auxiliar, resolvió León X ceder á las repetidas instancias de Enrique VIII, y conforme á sus deseos, elevar á Wolsey al cardenalato. Por más que varios miembros del Sacro Colegio opusieron á esto objeciones de peso, el Papa procedió, sin embargo, á su nombramiento, en el consistorio de 10 de Septiembre de 1515 (2).

Entretanto, los españoles habían detenido á Cintio, y éste y otros acaecimientos aumentaron la desconfianza entre españoles y pontificios; y para hacer completa la dispersión, vacilaron también entonces los suizos, y se inclinaban cada día más á procurar una avenencia con los franceses. De hecho se llegó á ajustar, á 8 de Septiembre, un tratado de paz entre Francisco I y los suizos; pero una gran parte del ejército helvético desechó este convenio, y se dirigió á Milán (3). Aquí procuró el cardenal Schinner, con todos los esfuerzos posibles, excitar á la lucha á sus paisanos.

Ya entonces había llegado Francisco I á las inmediaciones de la capital de Lombardía, y había hecho establecer en Marignano el campamento de su ejército, fortificándolo con grande arte. Contra esta posición se dirigieron á 13 de Septiembre, después de medio día, 20,000 suizos, animados por el cardenal Schinner, y se trabó una lucha por extremo empeñada, no cesando el sangriento choque hasta que hubo sobrevenido la obscuridad de la noche. A pesar de la superioridad numérica de los franceses, habían logrado los suizos arrojar al enemigo de las posiciones exteriores y tomarle algunos cañones y banderas; pero no se había obtenido un éxito decisivo. Ambos ejércitos permanecieron en el campo de batalla

(1) Manosc. Torrig. XXVI, 184. En 8 de Septiembre de 1515, Bald. da Pesca advierte desde Roma á Lorenzo de' Medici, que el papa se ha enojado contra él (Lorenzo), pero que ahora está de nuevo apaciguado: *si che exhorto quanto so et posso V. Ex. al portarsi bene et esergli obediente che tutto il bene suo ha dependere da quella. *Archivo público de Florencia*, Av. il princ. CIX.

(2) Paris de Grassis en Raynald 1515 n. 18, con el suplemento que se halla en Creighton IV, 276-277 (cf. 206-207). Cf. Delicati-Armellini 241; *Diario de un francés en el Cod. Barb. lat. 3552, f. 24. *Biblioteca Vaticana*. V. también Sanuto XXI, 68, 74; Spicil. Vat. I, 210; Regest. Leonis X, n. 17764; Roscoe-Bossi V, 132; Brosch VI, 73; Martin 236.

(3) V. Dierauer II, 447-449.

y Francisco I pasó la noche sobre la cureña de un cañón. En las primeras horas del siguiente día, comenzó de nuevo la terrible lucha, que, á pesar de la constancia heroica de los suizos, terminó con la victoria de los franceses, muy superiores en número. La llegada de un escuadrón de caballería veneciana fué lo que decidió el éxito, haciendo creer á los suizos que venía todo el ejército de la República. El campo de batalla quedó cubierto de millares de muertos, la mayoría suizos, y el encanecido Trivulzio fué de parecer, que las diez y ocho batallas en que había tomado parte, habían sido un juego de niños, en comparación de este combate de gigantes (1).

León X recibió á 16 de Septiembre, por un correo de Lorenzo, la alegre nueva de que los suizos habían derrotado á los franceses; en seguida hizo transmitir la noticia con todo secreto al embajador veneciano y al cardenal Cornaro; pero prohibiendo, so pena de excomunión, que la comunicaran á otros. Sólo cuando un segundo mensajero repitió el mismo anuncio, pareció ya innecesaria semejante precaución, y se dió permiso para publicar la nueva. Los franceses y venecianos que moraban en Roma, quedaron como muertos de espanto, al paso que los embajadores del Emperador y del rey de España, lo propio que la guardia suiza, y según un autor, también el cardenal Bibbiena, celebraron públicamente la victoria; mas León X, aunque se llenó de gran contento por la supuesta derrota de los franceses, supo con todo eso moderarse, y la Corte pontificia no tomó parte en las manifestaciones de regocijo (2).

(1) Cf. Dierauer II, 451-455, donde hay una buena colección de noticias numerosas, y en parte contradictorias, sobre la gigantesca batalla, en la cual colección con todo no se ha incluido Prato 343. V. también Rosmini, Trivulzio I, 494 s.; Gisi 185 s.; Mignet, Rivalité I, 86 s.; R. Inganni, Origine e vicende della capella espiat. a Zivido, Milano 1887, y Dändliker, Gesch. der Schweiz II, 323 s., donde también hay un mapa del campo de batalla, como asimismo Spont en Rev. de quest. hist. 1899, II, 69 s. Poesías sobre la batalla hállanse en Liliencron III, 170 y n.º 292-294. Cf. Mémoires de la Soc. d'hist. de la Suisse rom. 2. Serie IV, y Flamini, Studi di storia lett. (1895), 227 ss.

(2) V. las relaciones de M. Giorgi en Sanuto XXI, 115, como también la relación del mismo en Alberi II, 3, 43 y Sanuto XXIV, 85 ss. Cf. Jovius, Vita I. 3. Es digno de notarse, que el diario contemporáneo de un francés existente en la Bibl. Barb., v. Mél. d'arch. XXII, 280 s., como asimismo el *Diario del holandés Cornelio de Fine (*Biblioteca nacional de París*), nada digan de las fogatas del card. Bibbiena.

Cuán prudentemente hubiera obrado León X se iba á demostrar muy pronto; pues ya al siguiente día se recibió la noticia de que la segunda jornada había terminado con la victoria de Francisco I, lo cual declararon, á la verdad, los enemigos de los franceses que se hallaban en Roma, por cosa inventada, ó por lo menos exagerada. El embajador veneciano Marino Giorgi recibió la alegre nueva, que le volvió á la vida, en la madrugada del 18 de Septiembre; y poniéndose en seguida el traje de ceremonia, corrió apresuradamente al Vaticano. Allí le dijo el camarero secreto Serápica, que el Papa estaba todavía en la cama: «Así pues, dijo Marino Giorgi, conviene que despierten á Su Santidad». — «Eso no puede ser», replicó Serápica. «Insisto, no obstante, repuso el embajador, en hablar á Su Santidad». Sólo con esto se le admitió á la audiencia del Papa, que no había tenido tiempo para vestirse enteramente. «Santo Padre, dijo irónicamente Giorgi; conforme al ejemplo de Cristo, quiero pagar bien por mal. Ayer me dió Vuestra Santidad una noticia mala y al propio tiempo falsa, y hoy le traigo yo una buena y verdadera: los suizos han sido derrotados». «También nosotros hemos recibido esa noticia, repuso León X, pero la derrota no es tan grande.» — «En qué parte esté la verdad, puede verlo Vuestra Santidad por esta carta»; y diciendo esto le alargó el embajador el escrito de su Gobierno y el del embajador veneciano que acompañaba al monarca francés. Esta última carta, á cuyo autor conocía el Papa personalmente, le convenció por fin de la completa verdad. Lleno de profundo temor exclamó el Papa: «¿Qué será de nosotros? ¿qué será de vosotros mismos?» Marino Giorgi procuró tranquilizarle, asegurándole que aquel acontecimiento no tendría consecuencias perniciosas para la Santa Sede; después de lo cual se despidió para ir á enterar también á los cardenales Bibbiena, Grimani y Cornaro. Aun cuando los venecianos se abstuvieron de todas las exteriores manifestaciones de alegría, la guardia suiza estaba tan irritada, que Marino Giorgi tuvo por conveniente no acercarse en dos días al Vaticano. En una nueva audiencia dijo el Papa: «Nos echaremos en brazos del Rey Cristianísimo y le pediremos misericordia.» Pero el embajador respondió: «Santo Padre; no será eso en daño vuestro ni de la Santa Sede; el Rey es hijo de la Iglesia» (1).

(1) Sanuto, XXI, 123, 135, y Albèri, II, 3, 43-45. La carta particular de Camilo Orsini, fechada en Plasencia á 17 de Septiembre de 1515 (Sanuto, XXI, 136),

La avenencia del Papa con el victorioso monarca francés, había de realizarse más pronto y completamente de lo que hubieran querido los venecianos. Por un instante todavía parece haber pensado León X en tentar de nuevo la suerte de las armas, unido con el Emperador, España y los suizos (1); pero, sin embargo, conoció muy pronto que semejantes conatos á nada podían conducir. Los suizos habían abandonado la Lombardía inmediatamente después de su derrota, dejando solamente guarniciones en los castillos de Milán y Cremona. Por semejante manera se podía esperar también que los españoles abandonarían la lucha; y toda la fuerza de las armas enemigas caería entonces sobre el Pontífice. No era, pues, un vano temor el que hacía prever al Papa males extremos, pues Francisco I hacía ya semblante de pasar el Pó por Pavía, y apoderarse de Parma y Plasencia como pertenecientes al ducado de Milán, y en caso de que el Papa siguiera resistiéndose, conquistar también á Módena y arrojar de Florencia á los Médici (2).

Ante semejante peligro, había de desvanecerse toda idea de ulterior resistencia; y además, gran parte de las personas que rodeaban al Papa le aconsejaban la avenencia, principalmente Alfonsina Orsini, la cual traía á la memoria el destierro de diez y ocho años producido por la terquedad de Pedro. «Bibbiena, escribía aquella señora por extremo irritada, nos va á arruinar segunda vez con sus manejos» (3). En el mismo sentido procuraban influir Roberto Acciaiuoli, embajador florentino en Roma, y Marino Giorgi, pintando todavía mayores peligros de los que realmente amenazaban. También los florentinos rogaban urgentemente que se ajustara un convenio con los franceses, antes que los suizos debió desvanecer en Roma las últimas dudas acerca de la entera victoria de los franceses.

(1) Richard, 137, considera ce dernier effort de politique belliqueuse como une manoeuvre de diplomatie et le pape n'avait d'autre objectif que de masquer sa retraite.

(2) Guicciardini, XII, 5. Cuán poca resistencia podía oponer Módena á un sitio, por causa de la flaqueza de sus muros, se saca de la *carta de Anibal Rangone á Lorenzo de' Médici, fechada en Módena á 3 de Septiembre de 1515. *Archivo público de Florencia*. Av. il princ., CIX.

(3) Carta de 22 de Septiembre de 1515 á Lorenzo de' Médici, existente en el Arch. stor. Ital., 5. Serie VIII, 189. Cf. también Nitti, 67. También Jacobo Salviati estaba enteramente por la paz con Francisco I; v. la *Carta de Fil. Strozzi á Lorenzo de' Médici, fechada en Florencia á 26 de Septiembre de 1515. *Archivo público de Florencia*, Av. il princ., CVIII.

hubieran hecho la paz con ellos y los españoles hubiesen emprendido su retirada. Enteramente inclinado á la avenencia estaba asimismo Lorenzo de Médici, el cual, bajo su responsabilidad, había ya á 15 de Septiembre, hecho anunciar al nuncio Canossa, que se hallaba al lado de Francisco I, que el Papa se inclinaba á la paz (1).

Pero también Francisco I tenía por su parte tan pocos deseos de una guerra con el Papa, que ya á 18 de Septiembre anunciaba á Lorenzo de' Médici, había enviado un embajador á León X con proposiciones de avenencia (2). Por una parte temía, no sin razón, el monarca francés, que una coalición del Emperador con Enrique VIII de Inglaterra y los suizos, pudiera arrancarle los frutos de la victoria; y luego tenía demasiado fresca, lo propio que los demás franceses, la memoria de los grandes peligros en que se había visto su predecesor, en su lucha con la Santa Sede. Así que, el duque de Saboya, encargado por el Papa de la mediación, encontró muy buena acogida en el Rey su tío (3). León X debía, sin embargo, acomodarse en todo caso á un completo cambio de su política; y cuán enojoso le fuera ceder, lo manifiestan las vivas negociaciones que por entonces se agitaban en el Vaticano (4). En la solución de las muchas dificultades que se oponían á la concordia, trabajó con tanto celo como habilidad Ludovico di Canossa, quien desde el campamento del Rey había marchado en posta directamente á Roma. Canossa, que llegó á la Ciudad Eterna á 25 de Septiembre, traía un tratado de 14 artículos, en el cual el embajador veneciano echó de menos, con espanto, la consideración á los intereses de su República (5). Mediante una extensa exposición de todos los motivos contrarios, logró Canossa disipar las últimas dudas del Papa, que todavía hubiera esperado de buena gana el resultado de la asamblea de los suizos, congregada en Zurich. Canossa indicó el peligro de que Francisco I, incitado por sus generales y los de los venecianos á seguir adelante, atacara también á Florencia; y demostró que de la amistad de los suizos ninguna cosa había que esperar, como vino á demostrarlo también

(1) Madelin, 20.

(2) Carta de Francisco I á Lorenzo de' Médici, fechada el 18 de Septiembre de 1515, citada por Madelin, 33.

(3) Guicciardini, XII, 5. Vettori, 313. Cf. Creighton, IV, 213.

(4) Cf. Richard, 140 ss.

(5) Sanuto, XXI, 153; cf. 146.